

DOS CUENTOS DE LA HIENA

“Si tu veux savoir qui je suis,
si tu veux que je t’enseigne ce que je sais,
cesse momentanément d’être ce que tu es,
et oublie ce que tu sais”
TIERNO BOKAR*

ESTOS CUENTOS SON EL resultado de un proceso que se inició con mi llegada a Benín (1984-1987) con el objetivo de impartir cursos de lingüística en la Universidad Nacional, donde formé parte de la Facultad de Letras, Artes y Ciencias Humanas (FLASH), específicamente en el Departamento de Lingüística y Tradición Oral (DELTO). Allí sentí como necesidad primaria conocer no sólo lo que mis alumnos dominaban de las disciplinas lingüísticas a través de los libros, sino qué lugar ocupaba el lenguaje en su concepción del mundo, lo que supone conocer las constantes más generales de esta concepción.

La República de Benín es un país de la costa atlántica del África occidental francesa, con una superficie global de 112 620 km², pero con una cultura tradicional muy rica; reúne más de 60 nacionalidades y cuenta con más de 50 lenguas nacionales organizadas fundamentalmente —aunque no únicamente—, en dos grupos: el “kwa” y el “gur”, o voltaicas. La lengua oficial para el desarrollo del trabajo administrativo es el francés. Cuando llegué a Benín, el país se encontraba enfrascado en una campaña de alfabetización que

* Citado por S. Exc. A. Hampate Bà, “La tradition vivante”, en J. Ki-Zerbo, *Histoire générale de l’Afrique*, vol. I, *Méthodologie et préhistoire africaine*, edición abreviada, Paris, UNESCO, 1986, p. 112.

requería la formación de cuadros jóvenes y una gran labor de normalización idiomática. Como he dicho, no podía abordar mi labor ajena al universo donde la misma iba a desarrollarse y comencé, así, una búsqueda incansable de documentos y testimonios, lo cual propició que en mi labor de docencia se desarrollara una atmósfera de intercambio y de solidaridad, donde el descubrimiento, el asombro, el entusiasmo y el conocimiento eran un hacer conjunto.

Los testimonios que utilicé en mis trabajos fueron recogidos esencialmente por mis estudiantes y, en menor proporción, por mí misma, siempre de personas cercanas. En buena parte constituyen relatos y consideraciones sobre los usos y costumbres de sus familias, su grupo o su etnia. Se recogieron distintos tipos de ceremonias, peinados, batones, etc., relatos históricos, cuentos, adivinanzas, proverbios y refranes, todos de la oralidad. En la universidad participaron unos cien estudiantes de 29 grupos étnicos diferentes, de los cuales los principales cuantitativamente fueron bariba, fon, gun, mina, nagot (yoruba) y dendi.

Los cuentos o fábulas constituyen una parte importante del material recopilado, sobre todo por lo que representan dentro de la sociedad tradicional africana como instrumento pedagógico en la formación y educación del hombre y, en correspondencia con este fin, por el espectro tan amplio de asuntos que tratan: la razón de ser de cada cosa, la tabla de preceptos éticos y morales, la explicación del mundo y de la naturaleza, el porqué de las cosas cotidianas. Asimismo, condenan al tonto, al incapaz, al malo, al guliento, al ambicioso, al fraudulento, al irrespetuoso, al hablador, al mentiroso, etc., y establecen un código de requisitos que deben ser cumplidos: desde los aspectos aparentemente más insignificantes, hasta las cuestiones de mayor trascendencia social aparecen en ellos. Así, constituyen una parte importante del patrimonio cultural de los pueblos africanos y conforman un medio de transmisión de su concepción del mundo y, al mismo tiempo, son un recurso fundamental de educación y divertimento.

Los cuentos tradicionales entre los principales grupos étnicos de Dahomey son cuentos nocturnos. Se relatan en la noche, en el contexto de la familia, y aunque esta manifestación literaria no tenga una forma y un contenido exactamente estereotipados, sí se cuida socialmente cierta fidelidad, esencialmente, en el mensaje. Este cuidado es fundamental en la tradición oral, donde la lengua va

más allá de las funciones noéticas, y es la base real del pensamiento conceptual. Semiótica, expresiva o artística ella, hace imperecedero al acontecimiento y lo actualiza en una presencia actuante. Esta calidad de la palabra se observa en el cuento, aunque no en forma tan particular como en otras manifestaciones, los antropónimos, por ejemplo. La palabra siempre es una "fuerza". Entre los fonewe, para contar un cuento de día, hay que pedir perdón por la violación, acompañando la solicitud con ciertos gestos de las manos y de la boca:

mawu ni so hwe ce ke mi (escritura en fon)
máwú ni so hwe ce ke mi (transcripción)
 "Que Dios me perdone (mi culpa)" (traducción)

Sin olvidar estos antecedentes, hice de los cuentos recopilados una recreación literaria, incorporando elementos que amplían la información o que colaboran a recrear la atmósfera que necesariamente se pierde al pasar de la oralidad a la escritura. Todo esto con el objeto de transmitir a los lectores parte de este caudal cultural de África (los cuentos no tienen fronteras políticas), no sólo por el intelecto, sino también por los sentidos. He procurado mantener la esencia de ellos sin tergiversaciones discriminatorias o idealizantes.

Como parte de una colección de cuentos en proceso de edición, y con los propósitos referidos, presentamos a continuación los cuentos "La hiena y la muerte" y "La hiena y la cierva".

LIRCA VALLÉS

La Hiena y la Muerte*

—Ji, ji, ji; je, je, je...

Venía la Muerte por un trillo del monte acercándose a una aldea. Así es la Muerte; a veces, burlona, amiga de las bromas pesadas, cuando no está colérica y brutal.

— Ji, ji, ji; je, je, je...

Venía la Muerte por un trillo cargada con un toro, y riéndose

* Testimonio de Honore Yenigbo Hounsa de 22 años de edad y perteneciente al grupo étnico gun. Provincia de origen: Oueme.

por anticipado de la jugada que prepararía al más atrevido, al más comilón, al más osado, al más tonto.

— Ji, ji, ji; je, je, je...

Venía la Muerte por el trillo, y al llegar a la plaza de la aldea soltó al toro que, al verse libre, le dio dos vueltas en nerviosa carrera, como exhibiéndose. Y la Muerte lanzó al aire su oferta: quien quisiera podría adueñarse de aquel toro, y servirse de él como plato succulento; sólo que tres semanas después tendría que acompañar a la Muerte en su camino.

El toro era hermoso, y a pesar de su intranquilidad, estaba obligado, en el momento preciso, a la mansedumbre por ser propiedad de la Muerte. No hay mayor docilidad que a la que obliga la Muerte. Sí, el toro era una oferta tentadora, de no haberse ofrecido a tal precio. Y cada cual se apretó el hambre al estómago, pero nadie osó disfrutar el toro de la Muerte.

Sólo la hiena estaba indecisa. Desde que había visto al toro, se lo había imaginado como bocado delicioso y ahora padecía un hambre multiplicada con la posibilidad de comer. Mas, ¿de qué le serviría comer, si luego tendría que acompañar a la Muerte en su camino? “No, es mejor estar viva, —pensaba— y llenarse la nariz de olores y los ojos de cosas”. Y ¿para qué llenarse la nariz de olores? La llanura de olores no quita el hambre. El hambre no es pena mala, que arruina la barriga, y enreda la cabeza. Tampoco se quita llenándose los ojos de cosas; ¡hay que llenarse el estómago! ¡Que cosa extraña es el hambre!, aunque se padezca día a día, por todo un tiempo largo, no da costumbre; no nos acostumbramos a su presencia, sino que intranquiliza, desatina...

“Y la Muerte con su toro —siguió pensando por su parte la hiena—, su toro robusto y ofrecido; complacientemente sumiso al papel que le había tocado”. Sí, al animal se le notaba la sumisión en los ojos bobos, como vacíos, sin una gota de malicia. Bueno, sin una gota de nada. ¡Qué ojos tan vacíos, eran como dos agujeros infinitos, sin fondo! Pero los cuartos traseros no eran lo mismo; le brillaban bajo la piel negra con un brillo de espejo. También, el lomo, el lomo ancho y el pecho vigoroso. Si el hambre del lugar no hubiera sido tanta, de aquel toro podría haber comido media aldea; pero la hiena sola tenía más hambre que toda la aldea junta.

“El toro es la Muerte” —meditó la hiena con pesadumbre— “y la hartera, el final. ¿No se podría encontrar una salida?” —continuó

torturándose. Tenía que haber una salida, porque comer y vivir son la misma cosa, como no hay peor muerte que aquella que da el hambre. “¿Y si me como al toro sin que la Muerte me vea?” —se dijo—. “¿Si me llevo a ese animal atontado hasta la espesura, y lo devoro sin darle tiempo al gemido? Si la Muerte no me ve, no podrá culparme. ¡Claro que no me verá! ¡Ése será mi triunfo! Me llevaré al toro al medio del monte y me lo comeré allí” —concluyó la hiena.

Y así lo hizo. Se hinchó la barriga cuanto pudo en medio de la maleza; enterró los restos, y se echó bajo un árbol satisfecha y segura. El toro de la Muerte, acostumbrado a su destino, no se resistió; era como si le diera lo mismo. Se dejó comer tranquilamente; hasta podría decirse que con cierta indiferencia. “¡Qué raro animal!” —pensó la hiena—; “¡pero estaba estupendo!”; y se felicitó por su decisión. La hiena tenía razón, si no hubiera sido por el susto con que se lo comió, podría afirmar que era el mejor bocado disfrutado durante toda su vida de hiena errabunda transida por la hambruna. Aquel toro, aunque fuera momentáneamente, había saciado su hambre, y sobrado a su gula; y todos conocen a este animal insaciable y guliento.

Después de la siesta, regresó a la aldea. “¡Cómo buscará la Muerte su toro tonto!” —se recreó la hiena—. “¡Bah!” —continuó su monólogo interior entre divertida y preocupada— ¡Que importaba!; la Muerte se cansaría. “¿Por qué habría la Muerte de obstinarse en la búsqueda de aquel toro, si ella era dueña de cuanto quería? Además, había dejado al toro solo y descuidado. Como nadie aceptó su oferta, la Muerte se cansó y se fue. ¡Eso mismo es!; la Muerte se cansó ante el fracaso de su solicitud, y allí mismo dejó al toro y se fue. ¿Para qué más podía quererlo?” —sonrió la hiena satisfecha y tranquila.

Con la vuelta del hambre, la hiena casi se olvidó de los acontecimientos, y volvió a su merodeo, a su rutina de animal pobre. Y andando el tiempo, se cumplieron las tres semanas. Ese día estaba oculta detrás de unos matojos acechando a una guinea. Tenía los ojos fijos en la gallinacea, y los músculos tensos. Apenas se atrevía a respirar; el más leve movimiento en falso asustaría al animal y lo perdería. Sólo esperaba que se aproximara algo, que estuviera al alcance de un salto y, entonces, sería suya. La guinea se acercaba con inocente descuido, estaba casi a su alcance, cuando...

— Ji, ji, ji; je, je, je.

Ya no era la guinea.

—Buenos días amiga hiena, hoy se cumplen exactamente las tres semanas. ¿Estás dispuesta para la marcha?

—¡Yo, señora! ¿Yo...para la marcha?

—Sí, amiga, disfrutaste del toro hace hoy tres semanas; aceptaste mi oferta; cumplirás ahora tu parte. Debes acompañarme.

La vida y la muerte están en todas partes. La vida es siempre la bienvenida, y la muerte, la mal llegada. Todos quieren ver la vida, nadie desea mirar a la muerte. Pero andan encontradas; cruzan sus caminos a cada instante, y todos, alguna vez, han de elegir el de la Muerte. La hiena había elegido, y sin embargo dijo:

—Tiene razón; cierto es que debía hoy acompañarte, pero he estado tan ocupada que no he podido despedirme de toda la familia. Tengo muchos parientes; desearía despedirme de todos. No sería justo partir sin verlos por última vez. ¿Me darás esa oportunidad? Me arreglaré con otras tres semanas.

La Muerte no tenía prisa, y aceptó. Una vez que hubo desaparecido, la hiena miró en todas direcciones para comprobar que ya no estaba, y echó a correr. Tenía que alejarse de allí; irse lejos. Se escondería. No volvería nunca por esos bosques; jamás visitaría aquella aldea. Y corrió, corrió sin detenerse ni siquiera a comer. Estuvo corriendo así, como loca, como ciega, tres semanas, ¡tanto era su miedo! Al cabo de este tiempo se escondió en una cueva. Cerró los ojos y quiso refugiarse en el sueño, mientras pasaba el instante del encuentro. Apretó los ojos y...

—Ji, ji, ji; je, je je...

Por la puerta misma del sueño, entró la Muerte.

—Buenas, amiga hiena, han pasado ya de nuevo tres semanas, ¿estás dispuesta a partir?

“¡Pero cuánta desgracia, hasta aquí me persigue la Muerte!”
—pensó la hiena—. “¡Cómo es posible!”

—¿Estás dispuesta? —repitió la Muerte en un tono algo apremiante.

—Bueno, sí, yo estaría dispuesta —repuso la hiena—; pero todavía me queda mi abuelo. Él vive aún más lejos. Está muy viejo, y cuidó toda mi infancia. ¿No me permitirás despedirme? Sólo son tres semanitas.

La Muerte no tenía prisa y se fue. Verdaderamente la hiena no podía casi tenerse en pie. Tres semanas corriendo, y sin comer eran

demasiado. Pero su apego a la vida fue más grande que su fatiga, y siguió andando, mirando, buscando donde meterse. “Debajo de una piedra grande... No, no estaría segura” —meditó. Le daba miedo el poco espacio que dejaba la hendidura de la piedra contra el suelo. “Es tan poco, que un breve movimiento y esa piedra podrá aplastarme”. Desechó la piedra. Halló un pozo seco. “Me meteré en este agujero oscuro; la Muerte seguirá su camino sin verme” —pensó—. “Pero a lo mejor me quedo atrapada en el agujero sin poder salir, ¿y si encuentro a la Muerte esperándome en el fondo del hueco?” No, no iba a arriesgarse. Allí no tendría escapatoria. Siguió andando, llegó a un río. Se detuvo a beber.

No podía más. Estaba tan flaca que el sol le transparentaba, a través de la piel, todas las costillas. Bebió. Aquel río no era muy profundo, podría meterse y esconderse entre los juncos. Los juncos la ayudarían a sostenerse y la ocultarían. No le quedaba ya tiempo para seguir buscando y se metió en el río hasta la nariz. Acomodó los juncos lo mejor que pudo y se dispuso a esperar que pasara el momento de la cita.

—Ji, ji, ji; je, je, je...

Y la Muerte se le paró al lado. Salió de dentro del agua.

—¿Tomas un baño amiga? ¿Estás dispuesta para partir?

La hiena dio un salto y cayó en la orilla con la Muerte detrás.

—¿Yo?...

Temblaba; estaba tan desprovista, como la Muerte misma. A través de la piel húmeda fácilmente podía hacerse el recuento de todo su esqueleto.

—Yo, señora, bueno...

La Muerte miró a la hiena fijamente. Ésta se encontraba en un estado verdaderamente lastimoso. Parecía que iba a desbaratarse en cada estremecimiento “¿Valdría la pena cargar con una cosa así?” La Muerte la miró de nuevo con cierto detenimiento y se puso seria, como enfadada. No, ella no cargaría con aquello, y le dio la espalda diciéndole:

—Puedes quedarte.

Y se quedó la hiena famélica, con su aspecto repulsivo, merodeando por el bosque. No respeta nada; todo se lo come; aún los animales que hayan pasado ya por la Muerte. Del miedo le quedó la pelambre del lomo y la cola como desacomodada, y la costumbre de salir siempre de noche. En ella, necesidad y gula andan juntas. Así es la hiena.

La Hiena y la Cierva*

Una vez, el rey del bosque convocó a todos los animales para una gran reunión. Debían tratar de cómo iba a dividirse el bosque; cuál sería el hábitat de cada uno; hasta dónde el límite. Y todos los animales se pusieron en camino hacia el lugar señalado. Así, andando, una hiena se encontró con una cierva y la saludó:

—Buenos días tengas, amiga cierva; ¿adónde te diriges?

—Buenos días, voy a la reunión convocada por el rey del bosque —respondió la cierva.

—También yo voy para allá —agregó la hiena—. Caminaremos juntas.

La cierva sintió un poco de zozobra, mas no hallando razón para negarse, aceptó; y ambas emprendieron de nuevo la marcha. La cierva llevaba sobre la cabeza una calabaza pequeña llena de miel. Después de un rato de marcha, la hiena le preguntó:

—¿Qué llevas ahí amiga cierva?

—Un poco de miel para el camino, ¿quieres probarla?

—No, pero he oído decir que si se toma un trozo de carne fresca y se sumerge en miel, se convierte en un plato delicioso. Creo que la miel debe cubrir bien la carne. ¿Sabes algo sobre eso?

—No, no conozco nada; nunca como carne. Prefiero la hierba y también la miel.

—Me gustaría probar ese plato —repuso la hiena—, ¿me darías un pedacito de carne?

—Sólo traigo miel —contestó la cierva—, pero es una miel muy clara que...

—Un pedacito de tu propia carne —interrumpió la hiena en tono entre ingenuo, meloso y suplicante.

—¡Cómo! —la cierva se detuvo con cierto azaramiento— ¿Un pedacito de mi propia carne! —repitió incrédula, en voz muy baja, como para consigo misma.

—Solamente un pedacito para probar... —aguardó un momento— Soy de sangre real, y la sangre real no puede derramarse. ¿Me lo darás? —preguntó con sorna.

Algo había en la pregunta de apremiante, y la cierva, volviendo

* Testimonio de Urbain Codjo Agbato, empleado de nuestra casa y perteneciente al grupo étnico fon. Provincia de origen: Zou.

la cabeza, intentó arrancarse, con dolorosa angustia, un pedacito de uno de sus cuartos traseros. Después de lograrlo, lo introdujo a la miel, y lo brindó, temerosa, a la hiena. Ésta lo comió complacida, y dijo:

—¡Es delicioso, verdaderamente delicioso!

Luego, poniendo el semblante pensativo y severo, agregó:

—¡Uuh!, más rico aún debe resultar este bocado, si la carne viene con algo de hueso; un huesecillo bronco que puede hacerse crujir.

La cierva la oyó y tembló.

—Regálame ese bocadito delicioso —agregó la hiena adoptando su tono de melosa súplica.

“¡Oh, Mahou!, ahora esto” —pensó la pobre cierva sin dejar de temblar. La hiena, poniendo el semblante serio y con voz autoritaria, repitió su orden. Entonces la cierva, aterrorizada, cortó el extremo de una de sus patas delanteras; lo metió en la miel, y se lo ofreció. Ésta lo devoró haciendo crujir los huesecillos y saboreándose. Continuaron la marcha. La hiena contenta, maliciosamente satisfecha; la cierva, dificultosamente sobre sus tres patas sanas, cojeando y sangrando. En tal situación, los animales del bosque, deseosos de cumplir la orden del Rey, le pasaban por el lado sin detenerse.

Llegada la hora de la reunión, el rey del bosque se levantó en su madriguera; se había quedado adormilado. Se estiró en un bostezo largo y se puso en marcha. Ya el bosque estaba en calma; todos se le habían adelantado.

“Se apuraría un poco”, pensó el león, si bien algo apenado por su tardanza, complacido de comprobar la obediencia que le guardaban los demás animales. Así, al cabo de un tiempo, se sorprendió al divisar a la hiena y a la cierva todavía en camino. Anduvo con mayor premura y se acercó saludando:

—Buenos días tengan los dos.

—Buenos días, mi señor —contestaron al unísono.

—¿Qué te ha sucedido buena cierva? ¿Por qué andas así, tan lastimosamente —preguntó el Rey, que había observado la penosa circunstancia en que marchaba la cierva.

Y ésta le respondió:

—Mi señor, esta mañana temprano, cuando me ponía en camino para cumplir su orden, me encontré a la hiena, que me invitó a

caminar juntas hacia el lugar señalado. Luego de ofrecerle yo de la miel que traía para el camino, me pidió que me arrancara un pedacito de mi cuerpo para gustarlo untado con la miel. Más tarde, quiso probar también un pedacito de mis huesos, y me vi obligada a ofrecerle un bocado de mi propia pata. Es por ello que no he podido llegar a tiempo, y me siento tan adolorida y maltrecha que no sé si llegaré.

La hiena no abrió la boca, pero el león, indignado ante tan canallesca conducta le dijo:

—Has abusado de tu poder haciendo víctima de él a la cierva, pero yo soy el rey del bosque, soy más poderoso que tú, y debo dar una lección contra tales abusos.

Y se lanzó sobre ella y la devoró enterita. ¡Ni una gota de sangre real fue derramada! No se debe abusar del poder con los más débiles, porque siempre encontrarás a alguien más poderoso que tú y podrá hacerte lo mismo.